

Gutiérrez

Sed breves

El tiempo es oro

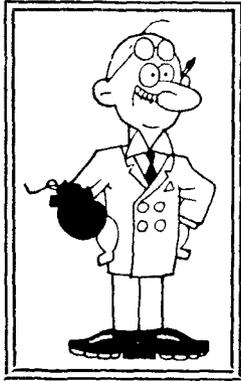
30
CTS.

1927.



JEFES DE NEGOCIADO DE 3.ª CLASE, POR K-HITO

NOMBRE Y APELLIDOS	Año de nacimiento	Años de servicios	Sueldo anual	Premios	FALTAS
Gutiérrez y Gutiérrez, Juan.....	1880	30	6.000 pesetas	Accesit concurso ocarina	La de alimento



CONCURSOS

¡"Gutiérrez" se ha vuelto loco!
¡¡Todo el sueldo de un mes en concursos!!
CUATROCIENTAS PESETAS
que tiro por el balcón. (No le digáis nada a mi mujer.)

¡"Gutiérrez" se arruina; pero se vive!
¡¡CUATROCIENTAS PESETAS HE DICHO!!
(Me dan vahídos).

¡OIDO A LA CAJA!

1.º Concurso de fotografías idiotas.

Es muy sencillo.

Desde que el primer número de GUTIÉRREZ vea la luz pública se admitirán, para su publicación en esta Revista, fotografías personales (la cabeza solamente) simplemente de gesto o caracterizadas.

Los lectores de GUTIÉRREZ, haciendo uso del cupón que en otro lugar de este número insertamos, pueden emitir su voto en favor de la cabeza más absurda y graciosa. Hecho el escrutinio, en la fecha que se indicará oportunamente, otorgaremos

CIEN PESETAS

al original de la fotografía que haya obtenido mayor número de sufragios. ¡Bonita y fácil manera de amartillar un billete de los nuevos!

¿Quién ha dicho que la vida está imposible?

2.º Concurso de cartas de amor.

He aquí esta jovencita asomada a su balcón. Acaba de salir del colegio para no volver más. Tiene sólo diez y siete primaveras y un capital de

CIEN PESETAS

(de estas quedan pocas). Su corazón está intacto, o sea que no ha amado nunca. ¿Quién será el elegido?

Para tomar parte en este concurso basta enviar a esta Redacción una carta de amor (a ella, no, que no lo saben sus padres) que no exceda de una cuartilla. La chica es muy jovial y alegre y ofrecerá su



corazón, envuelto en las cien pesetas de marras, al autor de la carta que más gracia le haga. Los lectores de GUTIÉRREZ emitirán su voto enviando el cupón que insertamos en otro lugar.

¡Jóvenes sin amor! ¡Aprovechad, que la chica lo merece todo! Cien pesetas a la carta que reúna mayor número de votos.

3.º Y finalmente

DOSCIENTAS PESETAS

(nada, señores, no pasa nada) al autor del mejor

Himno a La Lavandera.

que sea cortito, que sea bonito y que tenga ángel.

El autor del himno que obtenga más sufragios percibirá la citada suma (que más que suma es una multiplicación) y además GUTIÉRREZ gestionará su estreno en el teatro de Madrid donde a la sazón actúen

Esteso, Ramper o Alady

¡Los ases del buen humor!

¡Dos cuartillas a lo sumo a mano o una a máquina!

¡Llueve el dinerol

Aviso importante.—Es indispensable a los concursantes enviar con sus trabajos (con cada uno de ellos) el cupón que para su remisión publicamos, así como los lectores que nos honren con sus votos deben hacer uso de los cupones que para tal fin insertamos.

GUTIÉRREZ se reserva el derecho de no insertar aquellos trabajos que no se ajusten a la índole de la Revista.

Las fechas para término de estos concursos se anunciarán en números sucesivos.

A contar del día siguiente al del fallo, los premios se hallarán en esta Redacción a disposición de los a rraciados.

Gutiérrez

*Semana
español
de humorismo*



*Se publica
los sábados*

Año I

Madrid, 7 de mayo de 1927

Núm. 1

DIRECCION GENERAL

DE

CUENTAS ATRASADAS

Negociado de Incobrables

Tengo el honor de enviar, al aparecer en la palestra, un cariñoso saludo al público y a la prensa en general, siendo mi único deseo hallar el modo de agradar a todos, guardando para ello la corrección y el buen gusto que corresponden a mi cargo, con la promesa de agudizar el ingenio cuanto me sea dable, cosa no difícil en quien, como yo, tiene con harta frecuencia que hacer uso del mismo para procurar la mayor elasticidad mensual de mi corto sueldo.

Así, pues, no pretendo sino obtener el favor de todos.

Gracia que no dudo alcanzar del sensible y bondadoso corazón de ustedes.

Dios guarde a ustedes muchos años.

Madrid, 7 de mayo de 1927.

El Jefe del Negociado,

AL PÚBLICO Y A LA PRENSA.

LA PRIMERA SALIDA

¡Gu-tié-rrez! **¡¡GU-TIÉ-RREZ!!** **¡¡¡GU-TIE-RREZ!!!**

Dió un salto como al oír el timbre del jefe de la Sección, que tenía diez años más de dispepsia que él y se encolerizaba con arreglo a su mayor categoría burocrática.

Le llamaban a gritos. Le despertaban de su modorra habitual. Entre la inarmonía de los claxons y las bocinas, su nombre venía de fuera a dentro, descarado e impertinente, no con el matiz de servilismo rencoroso que decía "señor de Gutiérrez" el ordenanza, o con el displicente "a ver, Gutiérrez, qué tontería ha puesto usted en esa minuta", del inmediato superior; ni con la furia sorda que lo mordían los oficiales cuando creían que él estaba dormido sobre las noticias de la mañana: "Este pobre imbecil de Gutiérrez." No. Era la ciudad quien le llamaba con su voz multicolorde y politonal de "el crimen de esta mañana", "los tres primeros en Madrid" y "el programa de los toros".

Se lanzó a la calle. Oía a fresas, a lilas y a mujer.

Gutiérrez sintió calor y chiribitas



en los ojos. No pensó, como otras veces, en que el sol daña el prestigio de los jefes de Negociado revelando cruelmente lo raído de su indumentaria, el musgo de su rostro mal afeitado y empalidecido por la gastralgia y la envidia hacia los puestos anteriores del escalafón...

Escuchó. Sí, la ciudad sonaba a él. Inadvertido, todavía saboreó la inédita sorpresa de verse en manos y en risas de las once mil vírgenes vestidas con chaqueta de terciopelo negro ribeteada y con faldas más o menos escocesas y menos o más cortas. Experimentó eso que dicen gozar los novelistas eróticos cuando reciben las cartas de sus hipotéticas admiradoras, que se han escrito ellos mismos la tarde anterior.

Se lanzaba audazmente al encuentro de la muchedumbre, detenida al otro extremo en la faja de los peatones, con el ímpetu de un vencedor de guardias y de autos.

Se bebió sin gana tres naranjadas por exhibirse en una terraza céntrica, mientras oía su nombre en los gritos chulones, lastimeros, recortados de la ciudad.

Más mujeres que otras mañanas, sobre todo en las proximidades de la calle de Peligros, le sonreían.

Un amigo se cruzó con él y le saludó:

—¡Adiós, Gutiérrez!

Y la gente inmediafa se echó a reír, avergonzándose.

El primer contratiempo de la gloria. Procuró escabullirse en el "metro". Allí también oía a fresa, a lilas y a mujer, pero, además, a humedad y a paño donde el sudor se evapora y se enfría.

—¿Ha visto usted GUTIÉRREZ?—oyó decir a su espalda.

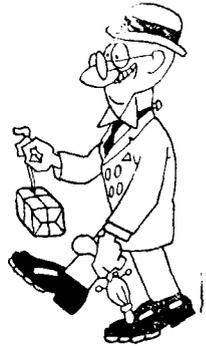
Se le ruborizó la nuca y le abrasaron las orejas. Contestaron risas, exclamaciones. Se sonó con fuerza, tapándose la cara con el pañuelo, y en la primera estación saltó al andén y se escabulló hacia las escaleras. En-

tre las piernas de los que subían le lanzaban su nombre chiquillos desde lo alto.

Uno, más atrevido, le ponía un periódico ante las narices:

—¡Tome usted GUTIÉRREZ! ¡Lleve usted GUTIÉRREZ!

—¡No me da la gana! ¿Quién eres

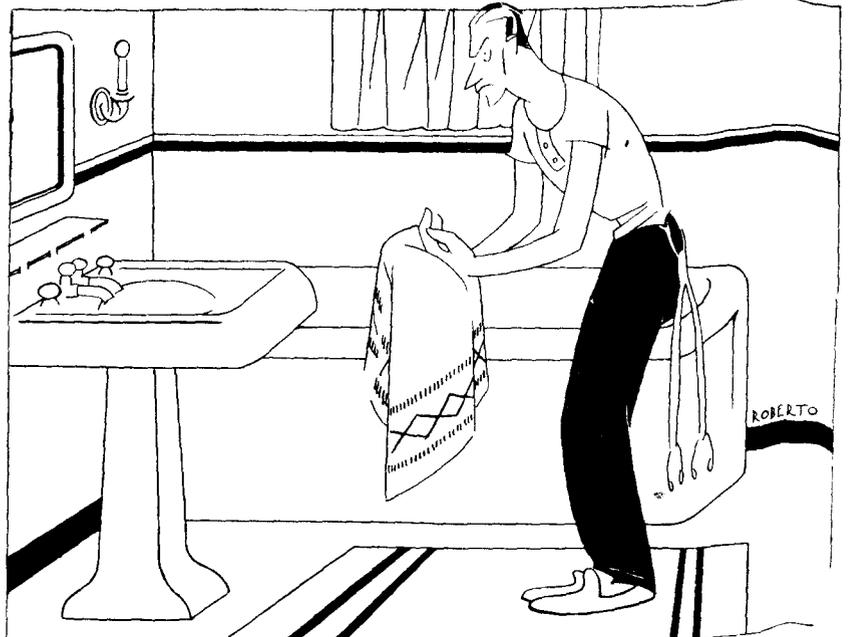


tú para mandarme así? ¿Qué falta de respeto es esa?...

Empezaba a sentirse molesto de aquella súbita popularidad. Las tres naranjadas le producían ruidos de algibe en el estómago. Los pies le dolían. Sus pobres ojos de topo mesócrata, que nunca afrontaron tanto sol y tanto espacio libre en una mañana, estaban irritados.

Anduvo hacia las calles lejanas y silenciosas de su barrio, donde los claxons y los pregones no son frecuentes. Dejó de oírse llamar a gri-

Dibujo de ROBERTO



—¡Hombre!, me gustaría saber quién es el que se seca todos días en la toalla con las manos mojadas.

tos y empezó a ser saludado con la indiferencia pasiva de los portales y las tiendas que cruzaba cuatro veces al día.

—¡Adiós, señor Gutiérrez!

—¡Buenas tardes, señor Gutiérrez!

—¿Usted gusta, señor Gutiérrez?

Recobraba su personalidad. Se pavoneaba dentro de la americana, demasiado grande, con las mangas de dos tonos—gracias a los manguitos oficinescos—; de los pantalones cortos y con rodilleras, del jersey, presuntamente egipciaco, que le había hecho su patrona como regalo del día de su santo y como última imploración discreta a las funciones—ya impropias—de su sexo.

Abrió sin ruido la puerta del piso. (Su condición de huésped importante le valía el llavín.) Y apenas entró al pasillo oyó que reían los demás huéspedes, que también allí su nombre era repetido con gorjeo y escándalo. No entendía bien. Pero sabía que era su nombre lo que producía aquel regocijo, donde todos, hasta don Senén, el cura, su mejor amigo, y Lupiáñez, el agente de Seguros, su peor enemigo, tomaban parte...

Y permanecía en el callejo oscuro, que olía a cocido, a coliflor y a la colonia, un poco picante, con que la patrona se encharcaba los matines.

De súbito aumentó este perfume. Lo sintió demasiado cerca de él, y la voz de la patrona le murmuró al oído:

—¿Qué ha hecho usted, señor de Gutiérrez, qué ha hecho usted?

—¿Yo? Nada, señora, ¿por qué?

—Porque todos hablan de usted y se ríen... Viene usted en los periódicos... Parece mentira, usted, un señor tan bueno, tan formal... Mire, no entre ahora en el comedor... Véngase a su cuarto. Yo le serviré allí la comida...

—Pero...

—Ande, ande, señor de Gutiérrez, y me contará usted lo que hizo.

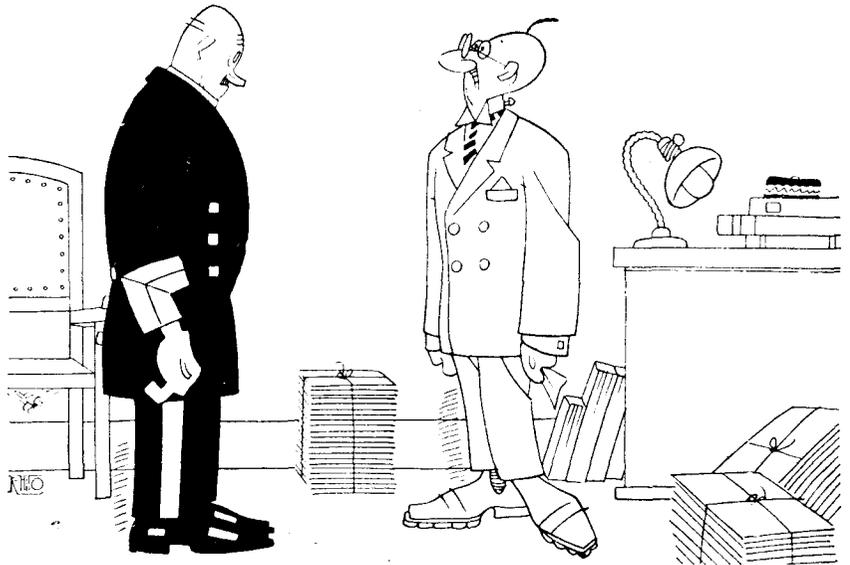
El se dejó llevar por la mano regordeta, anillada y tibía, que nunca había asido la suya tanto tiempo seguido. Como si no conociera el camino del cuarto, como si estuviera ciego en la medida de la sordera deseada repentinamente.

Y mientras echaba el agua grastenta de la sopa sobre el agua flatulenta de las tres naranjadas, Gutiérrez, que tenía sus puntos y ribetes de cultura, recordó a Séneca:

“Demasiado pronto muere el hombre para llegar a conocer las cosas inmortales...”

José FRANCÉS

Dibujo de K-HITO



GUTIERREZ.—¿Cómo es esto? ¿Cuarenta pesetas le han llevado por un telegrama que dice “Salgo mañana”?

EL ORDENANZA.—Es que... que... que... yo... yo... yo... so... so... soy... tarta... tarta... tartamudo.

LOS GRANDES POETAS PANCHO A. GOMEZ (Camagüey)



¡Ay, Panchíbiri, Panchíbiri, que sí!
¡Ay, Panchíbiri, Panchíbiri, que no!

—
¡Cangrejos!

¡A los cangrejos violos!
¡Vienen de lejos
y aun andan solos!

—
¡Tasajo
para las ollas de lujo!
¡A presio bajo,
tasajo brujo!

—
La mulata lo disloca
y el nego, puesto de hinojos,
le pide con ansia loca
miel de su boca,
luz de sus ojos.
Llega el marido y advierte
que su dicha se derrumba,
y, por no darles la muerte,
se pone a bailar la rumba.

—
¡Ay, yo me quiero ir!
¡Ay, vaya usted con Dios!
¡Ay, que sí, que sí!
¡Ay, que no, que no!

Pancho A. GOMEZ.

Se masca la tragedia

¡Frijoles,
de careta como soles!
¡Vaya frijoles
que vendo yo!
¡Guayaba rica y el quimbombó!

—
Un nego estaba en la esquina
cliciendo la guayaba
para la nega Rufina,
canela fina,
que él adoraba.

Y dijo Rufina, astuta:

—No venga más, se lo pido,
que le hace daño su fruta
a mi marido.

N. de la R.—¿Se ha ido ya ése?

EL VIRTUOSO

El mosquito iba rizando el rizo de su sonido por la habitación, y todos se detuvieron para oírle.

Era un verdadero artista, pues sabía arrancar a su violín las notas que hacían llorar a las moscas madres y enmudecer a sus compañeros de profesión.

Desde temprano estaba ya de puntillas, y al menor pretexto, una cálida corriente de aire, por ejemplo, se lanzaba al espacio tocando su aria.

Cuando sonaba su violín, todo enmudecía: se hubiera oído volar una mosca.

Y él conocía su éxito, notaba la admiración que producía su violín en todos aquellos seres que se pasaban la vida de espaldas, con los pies en el techo. No podía menos que hálgarle esa popular estimación, y cada día vivía más para el público.

Por las mañanas daba su concierto en el rayo de sol que entraba por la ventana; cuando terminaba su pieza, reposaba en el trozo de pared en que se aplastaba el rayo. Su descanso, enfocado de ese modo, tenía todo el aspecto espectacular que él deseaba, y limpiaba su instrumento con los gestos más cuidados.

Por la noche, era en la luz de la lámpara en donde ejecutaba su repertorio, enloqueciendo aún más a las aturdidas palomillas obstinadas en beberse la claridad.

Pero aunque su virtuosismo seguía *in crescendo*, su público quedaba estacionado y no apreciaba sus nuevas aportaciones al arte. Así es que llegó un momento en que el artista tocaba sólo para él.

Esto no podía seguir; el artista necesita verter su genio en los demás, y el mosquito decidió emigrar a otras esferas.

Se subió, pues, en una ráfaga de aire y se dirigió a la Sala de Conciertos, en donde entró por una ventana.

Los primeros días arrimó su pupitre a un trozo de escayola que era en el techo una alegoría de la música, y allí escuchó, henchido de respeto, las proezas que realizaban los músicos de la orquesta. Pero como siempre, a los pocos días comenzó a perder el temor, a rebajar mérito a lo que estaba oyendo, a tomarse confianza con el virtuosismo de los de abajo, y ya hasta se atrevió a lanzar alguna de sus sonatas, que, desgraciadamente, no fueron oídas.

El mosquito se alimentaba exclusivamente de la calva de los primeros violines; esto ocurría, mitad por apetito, mitad por admiración. El caso es que le aprovechaba de un modo que se podía asegurar que había ganado un cincuenta por ciento en técnica y en ejecución desde que había llegado.

Además, cuando había algún con-

cierto y ejércitos de notas subían a sus dominios, él se precipitaba y se sorbía las más hermosas, especialmente si eran semifusas. De ese modo había conseguido tener en su archivo las más exquisitas notas de los mejores violines del mundo.

A veces, al terminar un solo que no le hubiera gustado, decía: "No es así", y se lanzaba a la sala, tocándolo él con todo el apasionamiento del buen artista.

Pero nunca le prestaban atención, y eso era lo que más le disgustaba. "Pues me han de oír", decía, y en cuanto la orquesta quedaba en silencio, al haber terminado una pieza, él se precipitaba desde sus alturas, rasgando sus notas de violín más conmovedoras.

Los músicos no levantaban ni siquiera la cabeza, y entonces exclamaba: "Es que están sordos."; y cada vez era su vuelo más bajo.

Un día de ensayo decidió darse definitivamente a conocer. Se prometió tener tal éxito que todo el mundo había de quedar asombrado. A las siete de la mañana estaba ya afinando su instrumento.

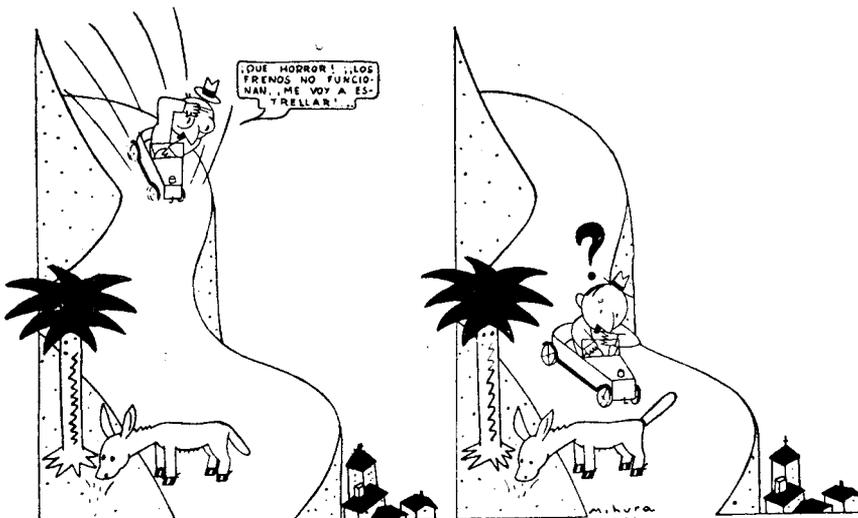
Y la cosa ocurrió cuando la orquesta estuvo completa y cuando el maestro hubo dado unos golpecitos con la batuta en el atril... El mosquito se lanzó por la espiral que producía el silencio de abajo, haciendo sonar su violín con tal potencialidad, que los músicos no tuvieron más remedio que apercibirse, y todos levantaron la mirada. El mosquito, dándose cuenta de la expectación que había producido, se vertió más amorosamente que nunca en su instrumento, y tocó con tal pasión, que al dar los calderones se inclinaba tanto, que su cuerpo daba dos vueltas en el aire. Era un patinador de la música, y su sonata tenía suspensa, con la vista en él, a toda aquella orquesta formada por cien profesores, cien.

Al terminar la sonata rozaba con sus zancas las cabezas de sus nuevos admiradores, y sonaron los primeros aplausos... El mosquito, sosteniendo una nota, la nota final, recorrió toda la orquesta en triunfo, y por fin se dirigió al maestro. Este, al verle llegar, rompió, a su vez, en un aplauso; el mosquito, a las tres palmadas, se inclinó para saludar; pero no pudo oír la cuarta: el maestro lo había alcanzado de lleno...

Edgar Neville.

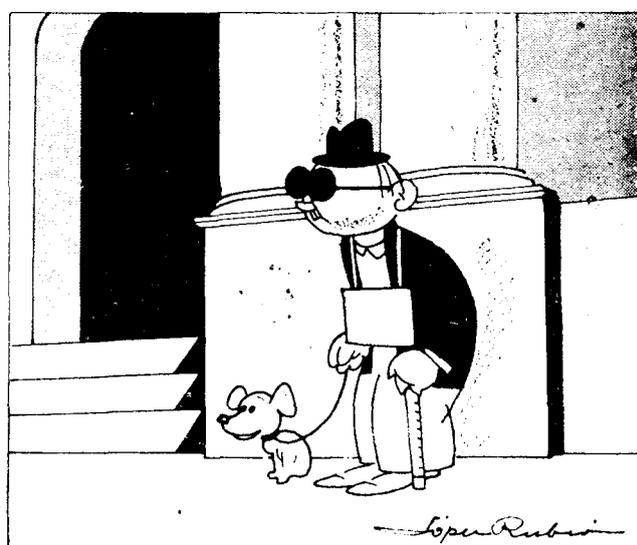
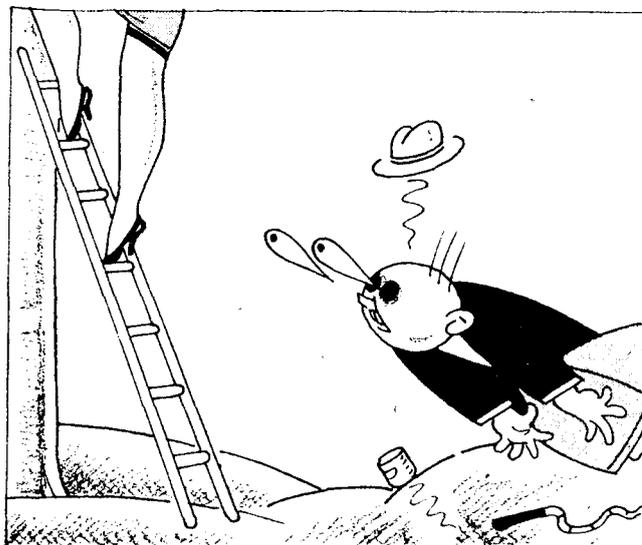
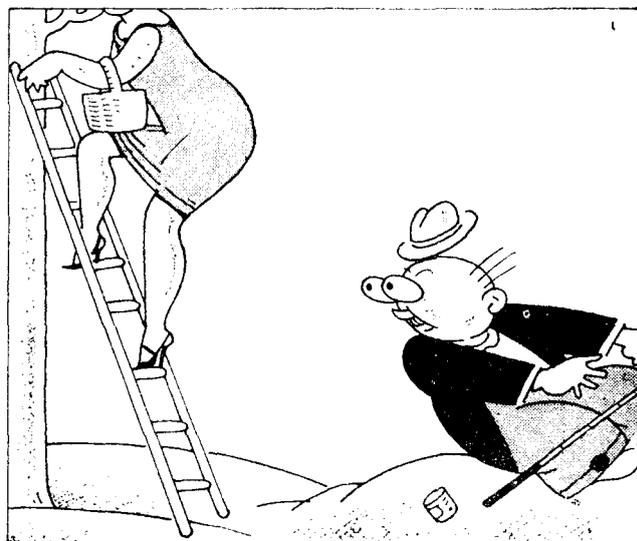
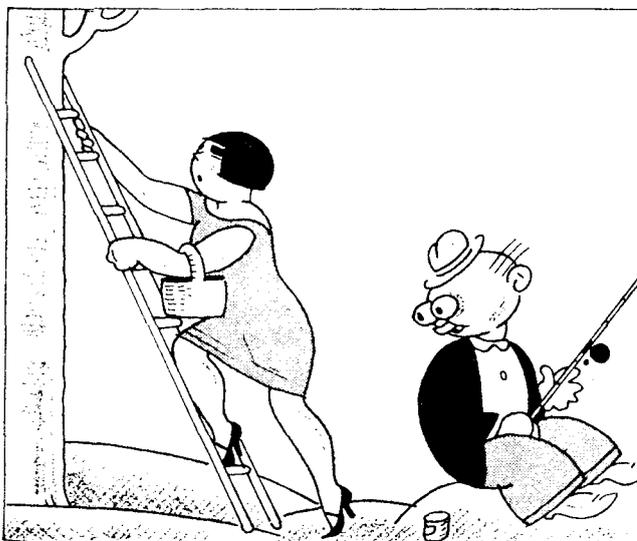
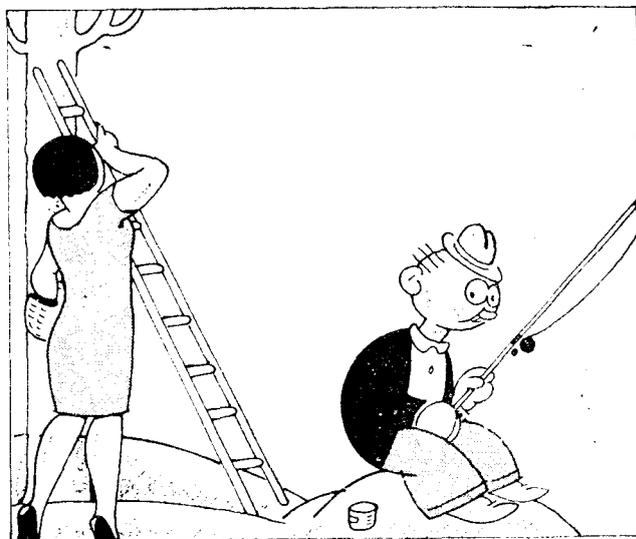
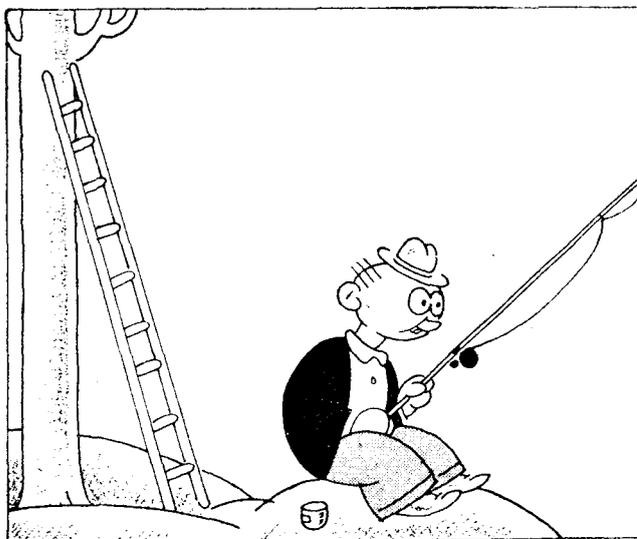
LA PORRA OPORTUNA O EL AUTOMOVIL ACOSTUMBRADO

Por MIHURA



NO HAY PRENDA COMO LA VISTA

Historieta de LOPEZ RUBIO.



LA GRAVE COGIDA DE PRIMOROSO

El toro me entrampilló, lo recuerdo perfectamente, al iniciar yo un pase natural. Le corrí bien la mano, pero el pobre se quedó en los vuelos de la muleta, suspendiéndome por la entrepierna. ¡Pobre "Primoroso"! Era un buen ejemplar del Duque, gordo, largo, jabonero sucio. Si se hubiera limitado a suspenderme, abandonándome a poco, yo declaro que la cosa no hubiese tenido otras consecuencias. Pero no; conste, en mi disculpa, que después de suspenderme, me campaneó. Confieso que para torero tengo malas pulgas. Ni mi fuerte complexión ni mi carácter me permiten dejarme campear.

¡Pobre "Primoroso"!

El toro y yo rodamos por el suelo rápidamente en una masa informe. De los tendidos salieron ayes desgarradores, que no bastaron a detener mis furias. Me cegué. Arrollé sus cuernos a mis manos, mientras enlazaba mi pierna derecha con una pata suya, en forma de zancadilla, y la pata de "Primoroso" dió un crujido trágico.

Todo esto fué cuestión de dos segundos. Mi cuadrilla se lanzó sobre la fiera para sujetarla. Un espectador gritó: "¡No; al toro, no! ¡Sujetadlo a él!" Después supe que era un miembro de la Sociedad Protectora de Animales. Entonces cayeron todos sobre mí y, a duras penas, consiguieron separarme de mi presa. ¡Pobre "Primoroso"! Era un magnífico ejemplar del Duque, gordo, largo, jabonero sucio.

Intentó levantarse y no pudo. Los cuernos, arrollados hacia atrás, le daban un aspecto de cabra. Apoyado en las manos, arrastraba las patas fatigosamente.

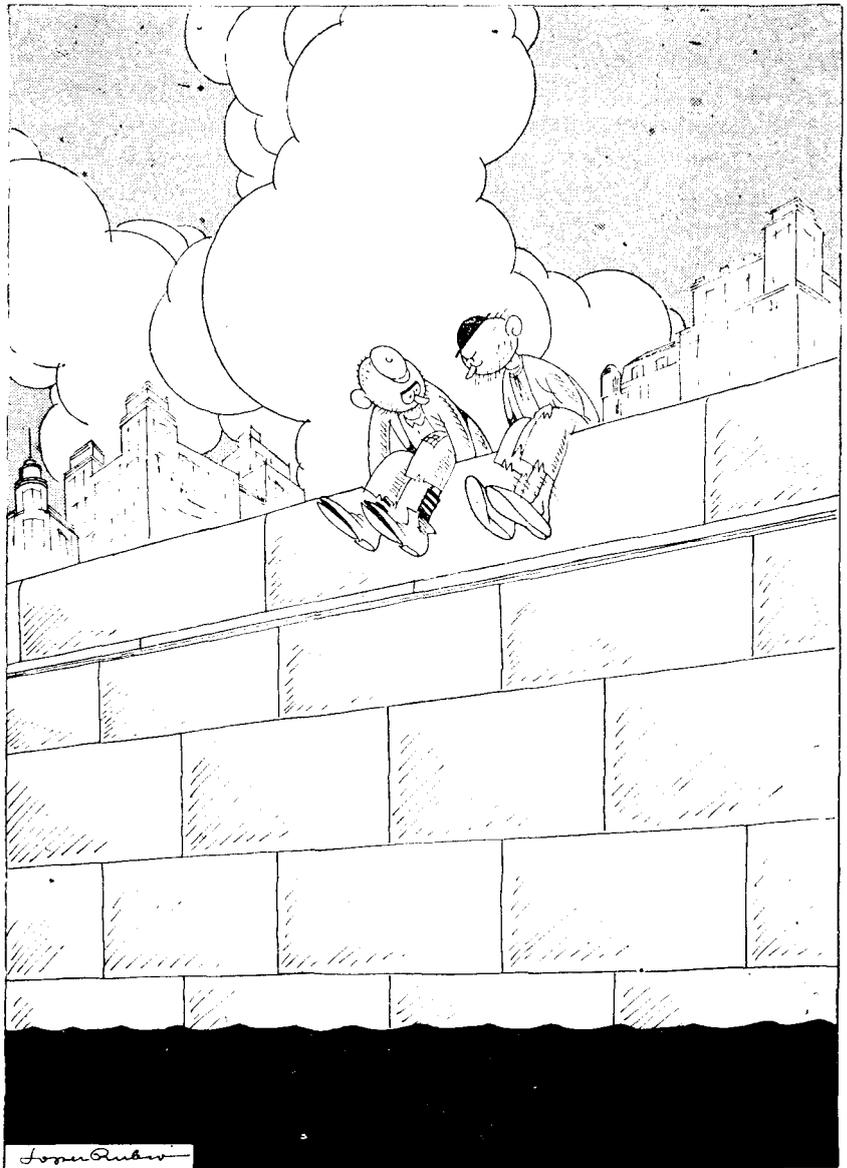
El presidente me impuso una multa de 500 pesetas, amonestándome por reincidente con toda severidad.

A la salida, la gente se agolpaba para conocer el parte facultativo:

"Durante la lidia del segundo toro ha ingresado éste en la enfermería, presentando la fractura completa de la pata izquierda, distensión ligamentosa de los cuernos y dos heridas por mordedura sobre el lomo con pérdida de cuarto de kilo de carne en cada una de ellas; lesiones que le impiden continuar la lidia.— Profesor veterinario, *Santiponce*."

Este maldito carácter me lleva dados muchos disgustos.

Dibujo de LOPEZ RUBIO



- ¿Pero llevas calcetines?
 —¡Cómo! ¿Hasta ahora no te habías fijado?
 —No.
 —Pues hace ya seis meses que los llevo.

NOTICIAS LOCALES

Por primera vez, después de su grave enfermedad, ha salido ayer a la calle nuestro querido amigo D. Tomás Alberca. Numerosos deudos y familiares lo acompañaron hasta la plaza de Manuel Becerra.

* * *

En su domicilio, Abascal, 108, puso fin a su vida el notable escritor Antonio Gálvez. Es un libro de más de 300 páginas, donde cuenta cosas muy

interesantes de su accidentada existencia. Ahora prepara una comedia en tres actos.

* * *

Don Jesús López Villasanta nos ruega hagamos constar que no tiene nada que ver con Federico Martínez López, detenido ayer por cantar *Las Corsarias*, ya que la rara coincidencia de apellidos pudiera dar lugar a confusión. Queda complacido.

TELEGRAMAS GRÁFICOS

A VER A QUIEN LE CAE ESA BREVA

RUGBY.—En un pueblecito inglés, muy próximo a Rugby, los mozos del campo tienen una antigua costumbre, que ya difícilmente podrá desarraigar la civilización. Dicha costumbre, según fácilmente se muestra en la fotografía que reproducimos, consiste en esperar la caída del primer melón, que se verifica en el estío. Todos los mozos que tienen novia hacen cada día una visita al árbol que da los melones, y si ven que ya está madura la fruta, la esperan debajo. Cuando una brisa amenaza tirarlos,



todos los campesinos se excitan; y cuando, al fin, cae la primera fruta, el que la coge corre a llevársela a la moza de sus amores. Eso es lo que pasa en Rugby y lo que les explicará a ustedes los muchos motrones que se llevan estos bravos muchachos para conseguir hacerse con el melón.

EL BELLO CUADRO "LA MERIENDA INTERRUMPIDA"

RIOJA.—Recientemente, todos los pintores españoles de principios del siglo pasado han pintado un cuadro con el mismo asunto, que ellos han titulado "La merienda interrumpida". Una alegre familia está en el monte merendando, y por una colina de la campiña aparece una res bravía, que asusta a todos y hace a las ancianas damas subirse a los árboles, enseñando sus medias de colorines horizontales. Pero en esta ciudad ha pa-

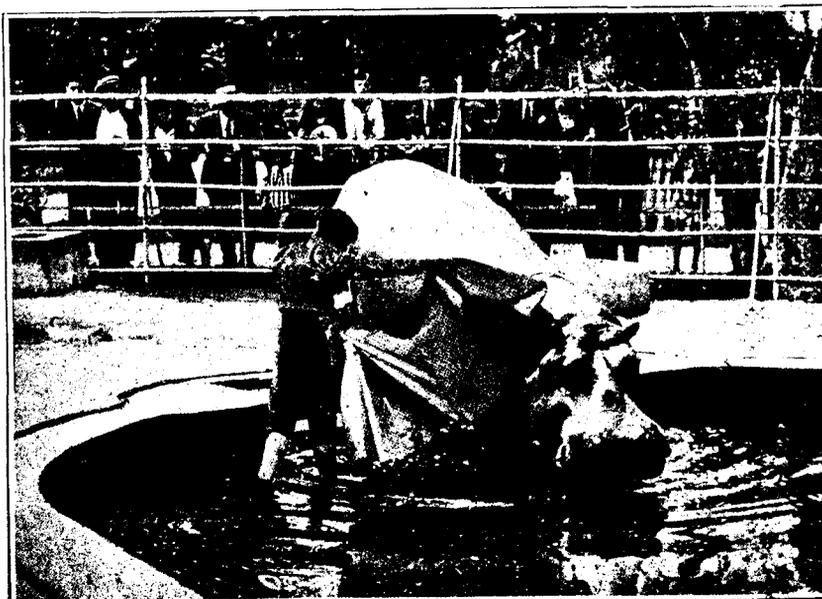


sado la misma cosa. Varios jóvenes estaban en el monte, a la busca de pajitas para cazar grillos, cuando un buen toro bravísimo ha aparecido por la colina. Entonces ellos han alquilado unos cabalitos y han salido corriendo. Toda España comenta, en animadas conversaciones, que los cuadros pintados son, a veces, como la realidad misma.

¡OH, ESPAÑA! ¡BELLO PAIS DEL SOL!

SEVILLA.—Cada día, aquel país español de la buena naranja dorada, nos envía una nota saliente de su vida pintoresca. Ayer es que una dama de la Andalucía se ha hecho una pandereta con la piel de un toro bravo, o que don Pedro Bariego,

governador del Albaicín, ha rejeoneado, banderilleado y, por último, muerto a estoque un hermoso toro, después de brindárselo a la señorita Carmen, dama de sus pensamientos y maestra de labores en la Fábrica de Tabacos. Hoy es que un torero sevillano, conocido por don Sánchez Mejía, "el Marqués", estaba paseando, con un traje de luces, por esta Sevilla de las bellas navajas, cuando le dijeron que el hipópótamo de la casa de fieras era escapado. Inmediatamente se desarrolló de su hermoso capote azul celeste y oro de sol, y con engaños y citas le hizo entrar a la fiera en la jaula, ante el asombro de todos los españoles que en aquel momento pasaban por Sevilla, los cuales le echaron cigarros puros y flores.



EL DOCTOR BERNABÉ Y SU MAMÁ

LA MINA DE PLATA

La mejor manera de presentar al doctor Bernabé y a su mamá, será relatando una de sus aventuras; en cualquiera de ellas se muestra nuestro personaje en toda su personalidad, y ya que vamos a contar su vida, siguiéndole en sus aventuras, comencemos por una de éstas. Pronto harán ustedes amistad con él.

El doctor Bernabé estaba en Australia, y él mismo no sabía cómo; el caso había ocurrido del siguiente modo: Una noche, en un teatro, en Madrid, el doctor y su mamá habían ligado conocimiento con un vecino de butaca, y tan grata les había sido a los tres su mutua conversación, que, a la salida, habían continuado la charla por las calles. Primero fué el extranjero el que acompañó al doctor y a su mamá hasta el portal de su domicilio; pero como aun era temprano, éstos decidieron conducir, a su vez, al extranjero hasta la suya.

Y lo que pasa: liada una conversación interesante, no se siente el cansancio ni se da uno cuenta de lo que se camina, y cuando habían querido recordar estaban frente a la casa del extranjero, pero en Australia.

Cuando se dieron cuenta, vieron lo difícil de la vuelta rápida, dado lo lejísimos de Madrid que está y las pocas líneas de vapores que hacen el servicio directo, ya que la que más sólo llega a Barcelona.

Y entonces decidieron quedarse una temporada en el continente, y aprovecharla el doctor para realizar alguno de esos portentosos inventos o geniales descubrimientos que le habían dado fama universal.

—¿Estamos en Australia?—se había dicho el hombre—. ¡Pues voy a descubrir una mina!

—Muy bien, niño—le había contestado su mamá, levantando a pulso una mesa de billar, ejercicio que gustaba de hacer para deslumbrar a los curiosos.

Al día siguiente habían hecho un paquetito con la merienda, y se lanzaron al campo.

—¿En dónde quiere usted que encontremos la mina, mamá?—había preguntado el doctor, que era muy respetuoso con la autora de sus días.

—Pues en donde quieras, doctor Bernabé—respondió la señora, sentándose en el suelo y quitándose los zapatos.

—Aquí mismo—dijo entonces Bernabé, y comenzó a rascar la tierra con una perra gorda.

La teoría del doctor es que la tierra está cuajada de minerales aprovechables, y que no es preciso buscar un lugar determinado en el planeta para hallar algo, sino que en cualquier parte se descubre oro, plata, carbón o cobre; lo único que varía es la profundidad, con lo cual todo se reduce a aumentar el hondo de los agujeros hasta dar con el filón.

—Mira, niño, lo primero que has de hacer es adquirir el terreno que deseas explotar.

Y el doctor Bernabé, atendiendo el consejo de su mamá, compró los cincuenta centímetros de territorio que consideró suficientes para boca de mina.

Al principio, los australianos se reían del doctor, al verle, tan elegante, rascar la tierra; pero a los pocos días hubieron de deponer su risa, ya que el agujero había aumentado tanto que no se le veía.

—¡Todo es cuestión de paciencia!—afirmaba Bernabé, cuando sólo topaba con gusanos en su excavación—. Habrá algo más que una mina de gusanos.

Menos mal que su mamá le ayudaba mucho, cantando en la boca del

Dibujo de BARBERO



BARBERO —

EL MEDICO.—¿Quién de ustedes es el que lleva más tiempo esperando?
EL SASTRE.—Yo, doctor. ¿Se acuerda usted de aquel trajeito gris?...

pozo para animarle, y llevándole, en una cestita, las comidas.

—Me gustaría que dieras con una mina de perlas—decía.

Dos meses, tres meses..., y nada. Pero el trabajo seguía sin descanso, y el túnel adquirió tal profundidad que había sido preciso instalar un ascensor.

Los australianos ya no hacían caso, y como la señora también se había metido en el pozo, para rascar, sólo acudían algunos a la boca de la mina para arrojarles los alimentos y los periódicos del día.

Bernabé, con el refuerzo de su mamá, no desmayaba en su tarea, y lo más grave es que cada vez notaba más dificultad en el trabajo y de continuo se le caían los instrumentos con que ahondaba.

Sin embargo, un día su piqueta dió en algo que no era tierra. En el agujero resonó un eco desusado.

—¡Dale duro, que hay algo, doctor Bernabé!—había dicho la madre.

Y el hombre había golpeado furiosamente la materia extraña.

—¡Plata! ¡Una mina de plata! ¿Ves como tenía razón?—gritaban la madre y el hijo rebosantes de alegría.

Y, en efecto, un filón de plata se hallaba ante sus ojos. Y lo más curioso era que el mineral no se presentaba en bruto y manchado de tierra, sino que aparecía en formas conocidas a las gentes, en forma de cucharas, de tenedores y de cuchillos.

—¡Lo que hace la Naturaleza! ¡La madre Naturaleza!—exclamaba la señora.

Y lo más curioso era lo que les ocurría: que al dejar alguno de los trozos de plata en el suelo, subían solos vertiginosamente hasta perderse túnel arriba.

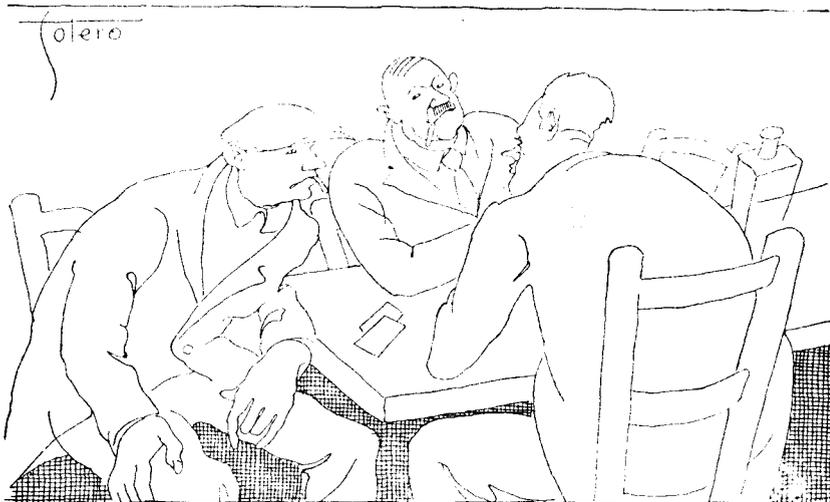
—Muy bien, nos va a economizar los gastos de extracción. Ya no compro el sacacorchos—decía Bernabé.

Siguieron almacenando esa plata, que, a fuer de extraña, hasta llevaba iniciales. Cuando, de pronto, oyeron unas voces que sonaban aún más abajo de la mina.

Miraron por una rendija y vieron en una habitación dos hombres uniformados como porteros de Ministerio. Uno de ellos decía:

—El que uno sea empleado del Monte de Piedad no quiere decir...

Y tenía un acento tan madrileño que entonces comprendieron por qué tenían que agarrarse para no caer por el boquete.



—Estás haciendo trampas.

—¿Yo?

—Sí; te he visto. Eres un canalla, un tramposo. Se ve que sigues la tradición de tu familia. Tu padre está en la cárcel, tu hermano ha hecho quiebra fraudulenta, y tú, ¡olero!, haces trampas.

—Bueno; ¿aquí hemos venido a charlar, o a jugar a las cartas?

minutas

Ya se conoce el fallo del Jurado constituido para cubrir la vacante del inolvidable Rodolfo Valentino. Es como sigue:

Primer premio.—Eugenio Hermoso.

Segundo premio.—Artemio Precioso.

Accésit.—José Luis Salado.

Nos parece justísimo.

De un diario de Madrid:

"En la ociosidad del viaje despertó la curiosidad de los pasajeros la circunstancia de que María del Olvido, que había entrado en el barco sin la más ligera sombra de bigote, a la mitad del viaje tenía el labio superior sombreado por negro bozo. Fue durante dos días la comidilla de los pasajeros..."

¿El qué? ¿El bozo? Pero... ¿no decían que en los trasatlánticos se comía muy bien?

Una novela por correspondencia:

Muy señor mío.—Estimado señor.—Mi querido amigo.—Queridísimo Fran-

cisco.—Mi bien amado.—Pacorro mío,—Amigo Francisco.—Estimado señor.—Muy señor mío.

La superiora.—Su hija de usted es tan buena y tan dócil, señor coronel, que no podemos educarla para la tierra.

El coronel.—Entonces, ¿le parece a usted que la meta en la Marina?

—Oye, mamá, ¿por qué aquel hombre que estaba en el teatro delante de todos amenazaba con un palito a la mujer que salió al escenario?

—No, hijo. Aquel hombre no amenazaba a la artista; era el director de orquesta y dirigía a los músicos.

—Y si no la amenazaba, ¿por qué chillaba ella como una loca?

En la barbería:

El parroquiano al barbero.—¡Eh, cuidado, que la faena no ha sido para cortar la oreja.

EL TELEODO

MEMORIAS DE UN INVENTOR SIN HILOS

por J. XAUDARÓ. Dibujos de su perro

"3 enero.—El sueño ha huido de mis párpados, pero estoy entusiasmado. Por fin, he resuelto un problema que estaba haciendo mucha falta. Después de la radiofonía y de la televisión, que está ya casi

nagre y, a mucha distancia, sándalo de China..."

"23 enero.—Ya tengo a Gámez trabajando. Me ha traído tres bobinas nuevas, dos condensadores más, y dice que, por lo que pueda tronar, va a aumentar el voltaje..."

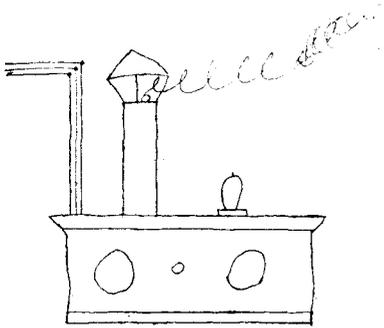
"24 enero.—¡Bueno! ¡Estoy que me piso la cabeza! Gámez y yo, uno frente al otro, hemos empezado a hacer pruebas con el "Teleodo". Colocada la aguja en dirección a La

más que colocarlo sobre la mesa, y tanto él como yo, hemos notado el olor..."

"2 abril.—Me he comprado ocho volúmenes de electricidad aplicada y tres de física recreativa. Gámez y yo vivimos juntos, estudiando día y noche... (Llevo gastadas diez y seis mil pesetas, y tal es nuestro estado de sobreexcitación nerviosa, que llevamos pijama de fuerza)."

"5 abril.—Si no resuelvo antes de ocho días eso del queso, con las ocho pesetas que me quedan me compraré un hacha... ¡Y a otra cosa!"

"9 abril.—¡Qué cosa tan rara! ¡Para que se fie uno de iones y electrones! La resolución del pro-

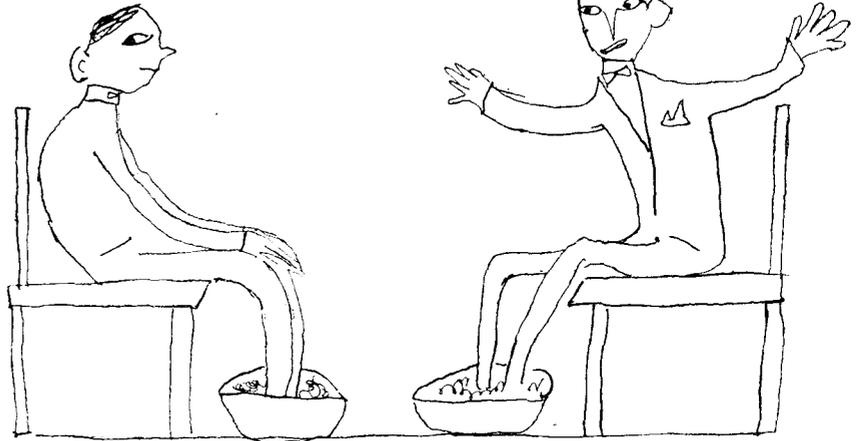


resuelta, he dado con el "Teleodo", o sea, el olfato a distancia.

Anoche pude oler claveles de Valencia y boquerones de Málaga en "altolfato", que viene a ser el altavoz del "Teleodo".

Sin embargo, necesito encontrar un dispositivo que me permita evitar las interferencias..."

"22 enero.—Un amigo mío, radioconstructor, me ha recomendado a un tal Gámez, autor de setenta y dos circuitos, ¡una especie de hacha, sin hilos! No sé si vendrá hoy o mañana, pero lo cierto es que le espero con impaciencia, pues aunque mi "Teleodo" funciona bastante bien, no es ninguna cosa perfecta; los olores vienen un tanto deforma-



Coruña, hemos notado inmediatamente el olor de pescado fresco; he forzado un poco más las lámparas, y el olor se ha acentuado enormemente, pero casi en seguida he empezado a notar olor de queso de Gruyère..., y me choca, porque trazando una recta desde Madrid a La Coruña, y prolongándola, va a parar al mar. ¡A lo mejor, un barco cargado de quesos!... ¿Quién sabe?"

"4 febrero.—¡Estamos locos! Se ponga la aguja como se ponga, el queso de Gruyère predomina... Le he encargado a Gámez que desmonte el aparato, a ver si algún tornillo..."

"5 marzo.—Gámez, que se llevó el aparato para tenerlo en observación, me lo ha traído hoy, jurándome que la interferencia del Gruyère ha desaparecido; pero no ha hecho

blema ha sido de una sencillez huevo-colombiana... ¡¡¡Gámez y yo nos hemos lavado los pies!!

Libros que vamos a recibir

Alberto Insúa.—"La mujer que estaba sentada en la playa y le dió un aire".

Azorín.—"English-spoken".

Gabriel Miró.—"Despacito y buena lepra".

Pirandello.—"A mí me gusta el merengue".

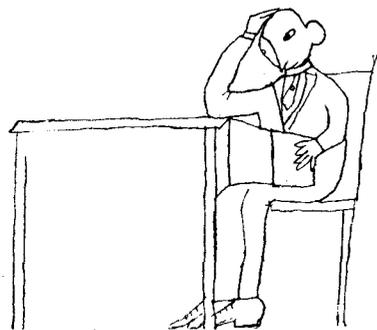
Gómez Hidalgo.—"El merengue es gustado por mí".

Felipe Sasone.—"Te callas o te doy así, corazón".

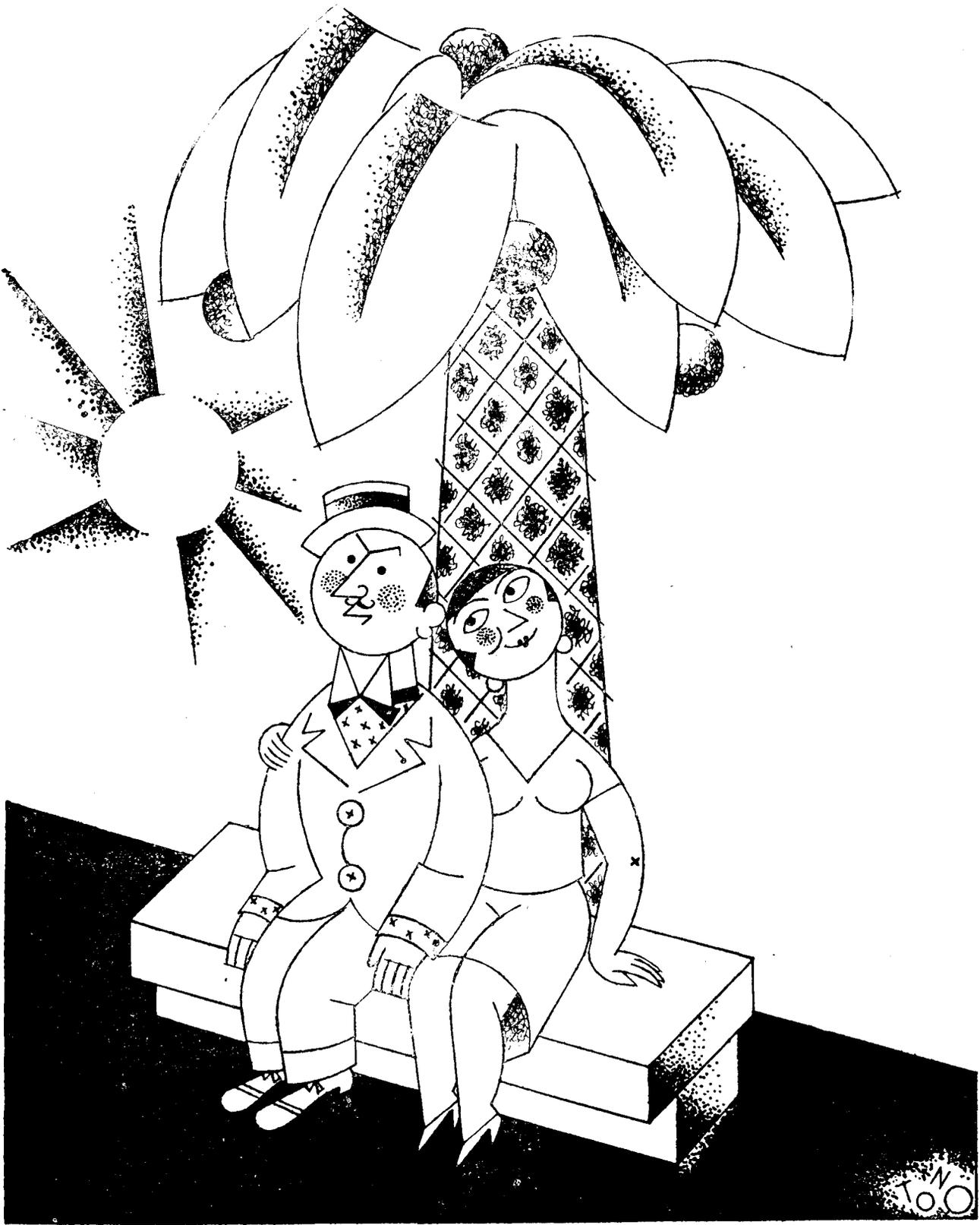
Diego San José.—"El hermoso fidalgo Felipe Fernández".

Eduardo Zamacois.—"Siluetas del camino: Canillejas".

César Juarros.—"Doña Juana la loca".



dos y hacen estornudar. Esto no obstante, llevo olidos bacalao a la vizcaína, nardos, perro mojado, vi-



PRIMAVERA, por TONO

—Hace cinco años que te conozco, y siempre me dices que tienes veinte años.
—¡Claro! Un año viene, otro se va... Por eso siempre me quedan veinte.

CUENTOS EMBUSTEROS

LOS LLAVEROS DE JOSÉ

José fué aquel modelo de distracciones, el Carreño de las distracciones, de quien se mintió que una vez se había bebido un vaso de cristal y se dejó el agua intacta.

José fué aquel hombre del que se mintió que tomó un billete de ida y vuelta y, distraído, usó la vuelta antes que la ida.

José fué aquel hombre que siempre se estaba golpeando los bolsillos desde fuera, a pares—los del chaleco, los de la americana, los del pantalón—, porque siempre tenía algo pendiente de encontrar: el lápiz, los lentes, el billete del “metro”, el bastón, la llave...

Sí, sí, el bastón; distracción sobre distracción; redundancia de distracciones. No se conformaba con haberse distraído y haber perdido el bastón. Se volvía a distraer, y lo buscaba por los bolsillos simétricos; es decir: a pares de bolsillos.

José fué aquel hombre que renovaba los sombreros del Círculo: él

cogía cualquiera, viejo y sucio muchas veces; el dueño notaba la ausencia y, frunciendo las cejas, arramblaba con otro; el de éste, con otro; y así, los sombreros iban variando de cabeza como en esos corros que se hacen para los juegos de prendas o para las figuras humorísticas de cotillón. Los sombreros tenían otro círculo: el círculo que los hacía recorrer José.

José fué, en fin, aquel hombre que siempre tenía dos o tres rayas encendidas en la piel de la espalda, cruzándole la espina dorsal, de tanto tenerse que quedar a dormir en la escalera, por no encontrar por ningún lado el llavín.

Aquel hombre fué José.

* * *

Una mañana, en su oficina, José perdió la llave de su cajón.

La buscó inútilmente, incluso en los dobleces del pantalón, que son los prestidigitadores que esconden las monedas de plata.

La buscó soplando la pipa grande y mirándola con guiño de ojo, por si era lo que la había obstruido.

La buscó en la badana del sombrero, recordando que antes de salir de su casa había metido un periódico.

Entonces se puso un dedo en la frente para pensar. Y como nada lograra, de ira retorció el dedo del pensamiento, retorciendo a su vez la piel en remolino allí donde los burritos tienen la estrella.

Y en aquel instante recordó que estaba puesta. ¡Qué bobada!

Entonces se dijo en soledad:

—Si yo he logrado abrir mi pensamiento dándole vuelta de llave al dedo índice, ¿no podré valerme asimismo de los dedos para abrir las demás cosas?...

Y se le veía desde las otras mesas de la oficina acompañar su pensamiento con un accionar extraño: retorciendo las manos por el aire, y en ellas un dedo en gancha.

Los compañeros se miraban, se sonreían y se decían con el gesto:

—¡Qué distraído es José!...

Pero José empezó a practicar. Metía el meñique, con verdadero dolor y esfuerzo, por la cerradura del cajón oficinista, y ensayaba pacientemente.

Y lo consiguió, al fin: con el meñique izquierdo abría; con el derecho desandaba el camino y cerraba. Y con el anular izquierdo logró, al cabo del tiempo, abrir la puerta de su casa; y con el derecho logró cerrarla admirablemente.

Y los dedos pulgares, recios y con nudos férreos, abrían y cerraban el portal mejor que la llave grandona.

Fueron meses, fueron años de práctica, ciertamente; pero ya no perdería esos dos llaveros complementarios, donde llevaba las llaves del cajón, del portal, de la puerta, del “secreter” y del pensamiento.

(Porque el índice seguía abriendo y cerrando el pensamiento.)

Dibujo de TORRADO



El que inventó el charleston.

Una noche, fría de veras, salió José del café a las altas horas.

Llegó ante su portal, y se encontró—¡ay!, esto sí que es peor...—con que no llevaba la mano izquierda.

Lleno de angustia, casi con lágrimas en los ojos, sacó del bolsillo los guantes: uno, dos... ¡No había tres! ¡No se la había guardado creyendo que era un guante!...

A los dos guantes de punto que tenía los cogía por la puntita del dedo largo, y los sacudía por si cayerá al suelo un cuerpo pesado que fuera la mano... ¡Y nada!...

¡Oh, qué dolor! ¡Qué dolor!

Quiso pensar, y como no podía abrir el pensamiento, discurría los sitios por donde no podía estar.

Por ejemplo, se decía:

—¿Habrà quedado en mi mesa? Recuerdo que abrieron las ventanas una vez y la puse de pisapapel, como esos pisapapeles de metal que son manos. ¿Habrà quedado allí?

O también:

—¿La habré dejado en el llamador de casa de mi amada, cuando tanto tardaba en abrir? Pudiera ser, porque yo he visto llamadores que son manos, y puedo haberme confundido.

O también:

—¿Se la quedaría la manicura?... ¿Se la quedaría mi mimosa y apasionada novia?... ¿Se la quedaría mi antiguo amigo, cuando me ha visto después de tantos años y hemos estado tanto tiempo con las manos cogidas, que yo ya me azoraba?... ¿Se habrá quedado cogida cuando mi jefe, lleno de mal humor, me echó del despacho y cerró de un puntapié la puerta?... No, no. Yo la tenía en el "cine". He aplaudido. Claro que era en lo oscuro, y no sé si las palmas que sonaban eran las mías...

Le abrió el sereno, y durmió en la escalera, como en otro tiempo.

Al día siguiente fué a su tertulia del café, y, de pronto, se acercó el mozo al grupo y dijo:

—¿Es de alguno de ustedes aquella mano?

En la pared había, en efecto, una mano señalando a la puertecita del W. C.

—¡Mía y muy mía!—exclamó contentísimo José—. Ya sé, ya sé cuándo me la dejé olvidada: cuando el contertulio nuevo me habló al oído. ¿No recuerdan ustedes?...

DON ANTONIO ROBLES.

Dibujo de NUÑEZ



MEJORIA

—¿Sigue su hijo atacado de cleptomanía?

—Sí; pero va estando un poco mejor. Por lo menos, ya trae a casa objetos de valor.

El descubrimiento de una lápida

Ayer se celebró con toda solemnidad en Villavaya el acto de descubrir la lápida que da el nombre de "Novillero Nogueira" a una de las principales vías de la ciudad.

El alcalde, tras innumerables pesquisas, pues los chicos por la noche la habían tapado con fango, logró descubrirla, siendo muy aplaudido.

La lápida dice sencillamente: "El noble pueblo de Villavaya, con su alcalde a la cabeza, acuerda que esta calle se llame en lo sucesivo "Novillero Nogueira", en recuerdo a la famosa hazaña de éste héroe, matando al buey del tabernero, atacado de hidrofobia, y evitando así un día de luto a esta noble y dos veces leal villa."

Pero Nogueira agradeció, en frases tan elocuentes como sencillas, el acuerdo del Ayuntamiento de dar su nombre a la antigua calle de Daoiz y Velarde, añadiendo que ya, en caliente, se decidía a dar también su nombre al chico mayor de la hija segunda del secretario del Ayuntamiento.

Acto seguido, la comitiva se dirigió al monumento a los héroes del Dos de Mayo, que, por un explicable error de fecha, allí les llaman del Veinticuatro de Enero, y el alcalde, en desagravio, le dijo a Daoiz que tomara lo que quisiera.

La jornada deportiva en provincias

Belmar (Valencia), 22.—Ayer se verificó el encuentro anunciado entre el Deportivo Belmarino y el Olivareño, de Córdoba. Terminó el primer tiempo con un tanteo de 3 a 2 a favor de los de Belmar, en vista de lo cual, y por lo que pudiera ocurrir, el alcalde prohibió se reanudase el juego, dando por terminado el partido. La victoria del equipo ha sido muy festejada.

Navas (Sevilla), 22.—Al terminar el partido entre el "Navas F. C." y el "Carreteros Sporting", se celebró en el Ayuntamiento el acto conmovedor de nombrar hijo adoptivo de la localidad al portero del equipo visitante, que, como se recordará, dejó perforar su meta por los locales treinta y siete veces en el transcurso del partido.

DEL EXTRANJERO

El Cairo, 22.—Ayer jugó su primer partido, para la eliminatoria de los Juegos Olímpicos Africanos, el "Congo F. C.", formado en su mayoría por canibales, contra el "Deportivo Nilense".

No ocurrió más incidente que la misteriosa desaparición de los delanteros de este equipo.

CARTELERA

ALCAZAR (Alba-Bonafé).—A las seis, "Ha entrado un ladrón". A las diez y media, "No ha entrado ni un ladrón".

ZARZUELA (Teatro Lírico Nacional).—A las diez, "Un grito en la noche".

APOLO.—A las once, "El sobre monedero".

FUENCARRAL (Compañía de dramas policíacos).—A las once, "El gato que sale por la ventana va a dar cuenta a la policía".

ROYALTY.—A las diez, "Lo cursi"; tangos por Spaventa.

NOVEDADES.—A las seis y a las diez y media, "Todo el año es animal el memo que se casa mal".

MARTIN.—A las seis, "Las niñas desaparecidas". A las diez (estreno), "Las mujeres de Lacuesta".

CIRCO DE PARISH.—A las cinco, Lalanda, Villalta y Chicuelo, equilibristas, malabaristas y contorsionistas.

PLAZA DE TOROS DE MADRID. A las cinco y media: Seis de Santa Coloma, para Pomppoff y Teddy, con sus cuadrillas.



Acto de armar caballero botijil al Marqués de Cumbres Bajas (X), celebrado ayer con toda solemnidad.

NUEVO CABALLERO LA BOLSA

Ayer se celebró con la mayor solemnidad el acto de armar caballero de la orden Botijil al excelentísimo e ilustrísimo señor marqués de Cumbres Bajas, D. José Muñoz de Muñoz y Muñoz (Peperro, como le llamamos sus íntimos).

Cuando sólo faltaban diez minutos para comenzar la ceremonia, el padrino, excelentísimo señor barón del Mar Rojo, demandó al recipiendario tres pesetas que le adeudaba de tiempo atrás, evitando la oportuna intervención de los otros miembros que se armara antes de tiempo.

El espaldarazo lo recibió el nuevo caballero con la resignación necesaria y dando en todo momento pruebas de gran entereza.

El comendador señor barón del Mar Rojo abrazó luego efusivamente a Muñoz, y éste, olvidando recientes agravios, convidó a cenar al comendador.

Agrupados luego convenientemente, el fotógrafo hizo tres disparos sucesivos sin consecuencias, siendo necesario que recitara el crimen de la provincia de Cuenca para que se le impresionaran las placas.

El nuevo caballero, terminado el acto, habló en voz baja con el comendador decano, quien lo condujo al patio, quedando en un departamento que dice "caballeros", donde continúa a la hora de cerrar esta edición.

COTIZACIONES DE AYER

Deuda interior 4 por 100. — Papel del Estado, H. Y. J. K., 69,40.

Exterior. — Papeles. Cuatro balcones, dos W. C.—Gutenberg, 93, cuarto letra B, 106,90.

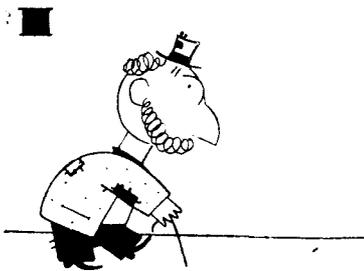
Células nerviosas.—5 por 100, 61,05 (el papel vale más).

Acciones bancarias. — Yeserías, 86,76; Bocacha and Merluza United Bank, 0,60; Obras, 85,00 (Obras son acciones); Buenas razones, 0,00.

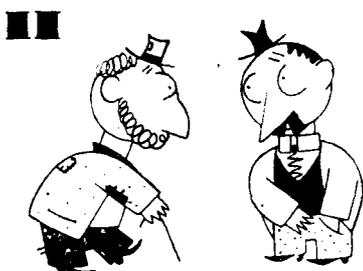
Acciones industriales.—Azucareras, 100; Azucareros finos, con ramito en relieve, media docena, 9,00; Panificadora Regional; Tierno candéal, 0,80; Duro Felguera, 0,65.

Obligaciones. — Padres de familia, 30,000; Hijos, 0,00.

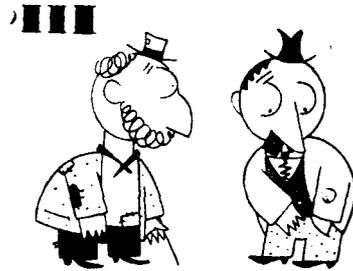
Monedas.—Marcos, 100; Cuadros, 0,05; Coronas, 30,00; Extracciones sin dolor, 5,00; Con ligera molestia, 3,50; Francos Rodríguez, 15 (por la noche, llamad al sereno).



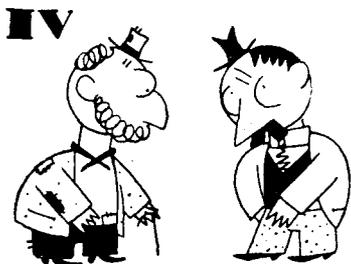
I
—Una limosnita, caballeros...



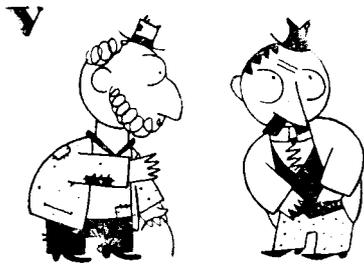
II
—Pobrecillo. Le daré diez céntimos que tengo...



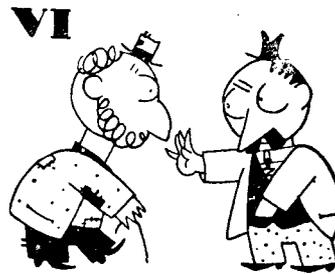
III
—¡Caramba!...



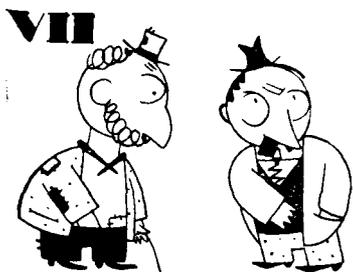
IV
—¿Dónde he echado yo la perra gorda?...



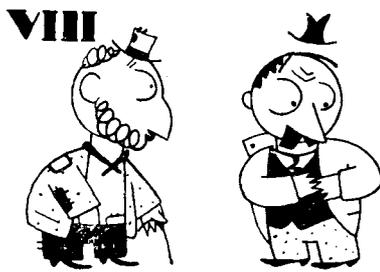
V
—Déjelo, señorito. Ya me lo dará otro día.



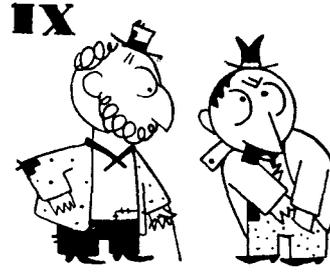
VI
—No, hombre; ¡si tiene que parecer!...



VII
—¡Caray!...



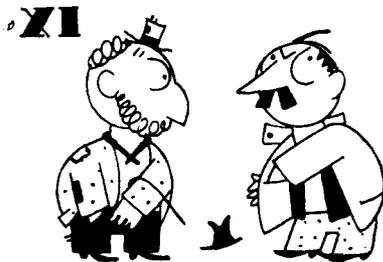
VIII
—¡Hombre!...



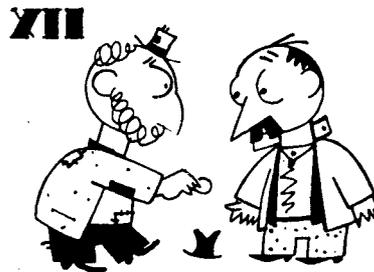
IX
—¡Pues la tengo que encontrar!...



X
—¡Eso es!...

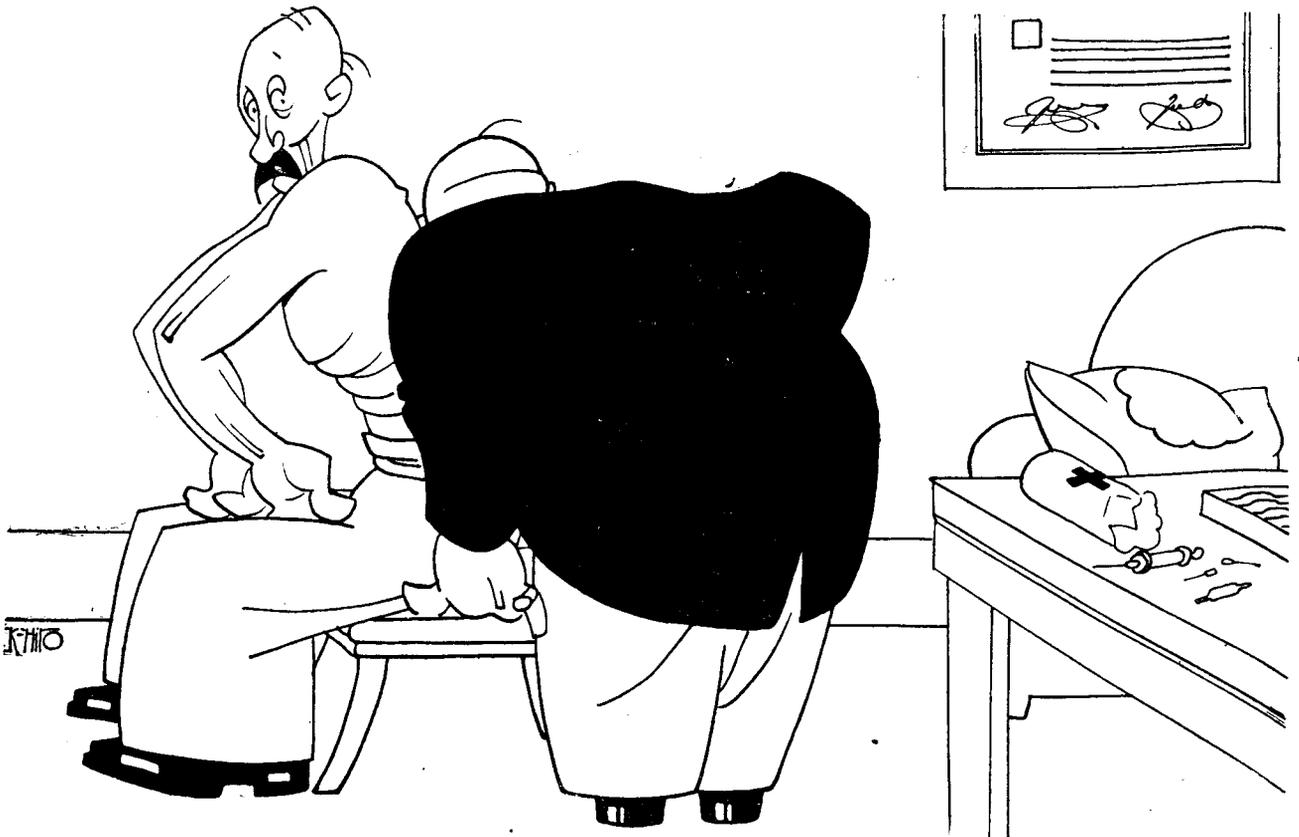


XI
—¡Y hasta que no encuentre mi perra gorda, no me voy!...



XII
—Bueno, señorito; tenga usted otros diez céntimos y váyase. Yo no puedo estar perdiendo el tiempo...

Dibujo de K-HITO



EL MEDICO.—Tiene usted que alejarse completamente del tabaco.

EL PACIENTE.—Imposible.

EL MEDICO.—¿Por qué?

EL PACIENTE.—Soy cabo de Carabineros.

PARECE CUENTO

UNA VEZ QUE YO FUI BANDOLERO

Cuando recuerdo aquel episodio curiosísimo de mi vida, sin poderlo remediar siento unos emocionantes escalofríos en todo mi cuerpo que me hacen temblar bien a pesar mío.

Yo he sido un terrible bandolero.

Un bandolero de ocasión, como si dijéramos. Aquí en España, naturalmente, no; en Londres, durante seis u ocho días.

Y no un bandolero cualquiera, así como así; nada menos que el hombre de confianza de toda aquella numerosa pandilla. Casi el jefe. ¿Quién sabe si el jefe mismo!

La cosa empezó así...

Acababa de desembarcar en Londres. No sabía qué hacer...

Me puse a pasear. Recuerdo que tenía varias ideas luminosas en la cabeza; pero nadie se apercebía de ello, acaso por la niebla.

Entonces vinieron a mi mente

unas palabras de mi progenitor: "Hijo mío, la vida está cara. Si te compras alguna chuchería o algún recuerdo en Londres, que sea algo práctico." Y como acertara a pasar en aquel instante junto a una sombrerería entré a comprarme un London auténtico. Pero me llevé chasco. Me llevé chasco y un Borsalino. ¡Me lo llevé después de probarme muchos sombreros! Me llamó la atención por su color verde rabioso y cierto cachet original. Tenía graciosamente vueltas las alas y una cinta pequeña rabiosamente azul, que no le hacía muy mal.

Cuando lo estaba examinando un poco indeciso, me dijo el sombrerero:

—No encontrará usted otro igual en ningún sitio. Vino hace un mes un caballero y me encargó treinta iguales a un modelo que él traía

dibujado en un papel. Nos salieron treinta y uno, y al dependiente que se los entregó se le olvidó advertírsele y se llevó únicamente treinta. Los que había encargado. El sobrante es éste que tiene usted en la mano, que, por cierto, no le ha gustado a nadie.

Me lo puse y salí a la calle con él. Recorrí algunos bazares y varias calles, hasta que cansado me restituí al hotel.

Dejé el gabán sobre la cama y hundí las manos en los bolsillos, en demanda de un pañuelo, y mis dedos tropezaron con varios objetos de los que ignoraba su existencia. Me quedé entonces atónito. Miré y miré el gabán; sin duda el abrigo era mío. ¿Pero de dónde había sacado yo aquellos collares, sortijas y varios billetes, billetes de dólares que, francamente, no había

visto hasta entonces? ¿Quién me pudo meter todo aquello en el bolsillo, si yo no paseé con nadie?

Lo dejé todo sobre la mesa y bajé al comedor.

Al día siguiente recorrí varias tiendas de encajes y puntillas, para hacer un obsequio a cierta dama. Cuando volví al hotel y fui a sacar —también del bolsillo del gabán— el obsequio que había de llevar al día siguiente a su destino, me volví a encontrar con una colección de encajes, cintas y puntillas que yo no había comprado.

Me asusté. "Soy un cleptómano —me dije—. Soy un ladrón. Un ladrón muy extraño, que no se da cuenta de lo que hace. Un ladrón habilísimo sin sospecharlo." Me creía un anormal, y al día siguiente, febril y nervioso, me di a pasear concienzudamente, a recorrer almacenes y tiendas, puesto el pensamiento en cuanto hacía, atento a mis propios movimientos, dispuesto yo mismo a cogermelo, a sorprenderme *infraganti* en el delito inconsciente que me avergonzaba.

A la hora de comer volví al hotel.

¡Ah, entonces me ocurrió una cosa verdaderamente terrible! Cuando muy ufano fui a sacar la llave del cuarto del hotel, por poco me desmayo. Los bolsillos estaban llenos de cosas. ¡Hasta tropezó mi mano con una dentadura postiza!

¿Quién podría explicarse aquello? Yo, francamente, no lo encontraba lógico. Y ya enormemente preocupado, me decidí a no entrar en ninguna tienda, y a la mañana siguiente me limité simplemente a pasear por Trafalgar Square...

Estando paseando el frío que sentía me obligó a llevarme las manos a los bolsillos del gabán. Bolsillos que antes de salir del hotel había examinado y tenía el convencimiento de que estaban vacíos. ¡Oh, nuevo asombro! Palpé varios objetos, al parecer relojes, cadenas, alfileres, una cartera... Caí entonces desmayado. Me llevaron al hotel. Como todo desmayado, al recobrar el conocimiento, pregunté: "¿Dónde estoy?" Muchos creyeron que mi pregunta era la tan manida por todos. Solamente yo sé por qué lo preguntaba. Me saltaba la duda de hallarme en una Comisaría.

Cuando me repuse bien fui a ver a un médico. Le expuse todo lo que me sucedía detalladamente. El doctor me escuchó en silencio, y cuando

callé, sólo me dijo gravemente estas palabras:

—Usted viene equivocado, señor. Es ahí enfrente donde debe usted ir.

Miré por la ventana. Ante mis ojos se alzaba la tétrica fachada de la cárcel.

Todos estos episodios acabaron por ponerme neurasténico, y entonces pensé volverme a España.

Ya de regreso, leí en el tren la siguiente sensacional noticia, que con grandes titulares publicaba un diario:

"La Policía londinense trabaja activamente por detener a una banda de ladrones habilísimos, que están desvalijando limpiamente a los ciudadanos de Londres aprovechando las apreturas y el barullo en los grandes comercios. Se sabe, por de-

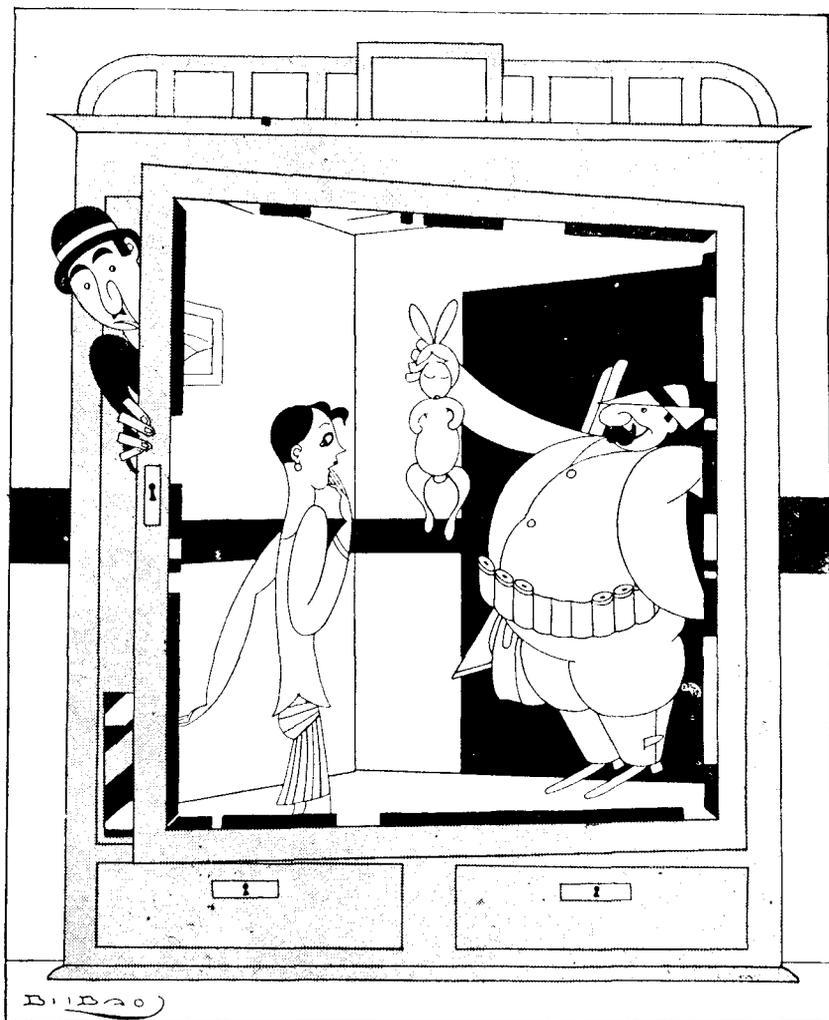
lación de uno de ellos, que son treinta. Entre sí se desconocen, y esta banda secreta tiene como único distintivo un sombrero verde con una cinta finísima azul. Falta por detener a los más principales, y entre ellos al jefe y al que custodiaba todo lo robado. Se sigue una pista segura." No decía más. Yo me quedé atónito.

Menos mal que para el viaje me había puesto una gorra a cuadros.

Pensé inmediatamente volver a Londres a explicar lo ocurrido a la Policía y devolver lo que había venido a mi poder. Mas ¡oh, decepción! Me acababan de robar la maleta mientras leía el periódico. Un compañero de viaje. Un compañero de la banda. ¡Le reconocí por el sombrero!

E. ESTÉVEZ ORTEGA.

Dibujo de BILBAO



NOTAS DE SOCIEDAD

—El barón de Fresnocha pasó la tarde en el Ropero de Caridad.

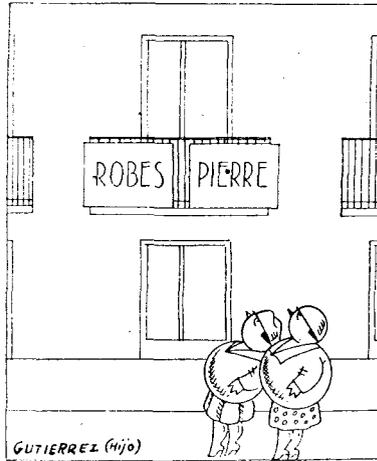
EL TIEMPO ES ORO

La pérdida más sensible y lamentable que hoy puede experimentar el ser humano o el ser especulador (entre lo poco que nos queda ya por perder) es la del tiempo. Tal es su valor, que podemos establecer un parangón afirmando que una hora perdida equivale a la pérdida de un buen amigo o pariente cercano. La pérdida de un día debemos sentirla y llorarla como la pérdida de un padre; pero si el día es festivo, entonces, ¡ay!, entonces equivale a la pérdida de una amantísima esposa.

Perder el tiempo es, en el concepto de la gente "seria", destinarlo a todo aquello que no proporcione alguna utilidad pecuniaria. Por ejemplo: se pierde el tiempo yendo a pie o en tranvía; escribiendo libros de Filosofía, Moral o Urbanidad; haciendo rogativas; trabajando por horas, tratando de amansar al casero, protestando del alto precio de los artículos de primera necesidad, hablando de política, tratando de encender un cigarro puro de la Tabacalera, estudiando el Bachillerato, criando y educando chicos "peras", leyendo ciertas revistas literarias, tratando de hablar por teléfono, bailando suelto, yendo al "cine" solo, esperando la señal del guarda del tráfico, etc., etc. En una palabra: todo aquello que no sea emplear el tiempo en un negocio más o menos lucrativo es perderlo lastimosamente.

"The time is money", dicen los ingleses, y "el tiempo es oro", debemos repetir el resto de los mortales. Y no sólo debemos repetirlo, sino que debemos tomarlo al pie de la letra, intensificando la vida, ya que no podemos hacerla mejor ni alargarla. ¡Sí! Que el lema de este siglo sea: "ande el movimiento", y corramos, corramos siguiendo la moderna corriente, desplegando en todos los asuntos nuestra máxima actividad, procurando, ¡eso sí!, reservarnos la energía necesaria para morirnos de repente, no sea que a última hora tengamos que llamarlos la atención en esta o parecida forma:

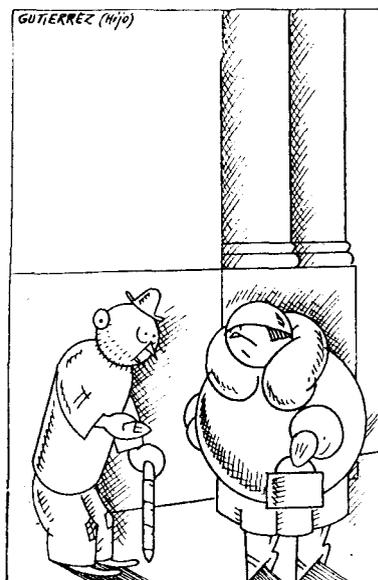
—¡Vamos, amigo Elpidio! Muérase pronto. Mire que ya lleva dos horas y media agonizando. ¡Parece mentira! ¡Un hombre como usted, tan activo en todos sus asuntos, y que a última hora venga a portarse como un indolente! Comprenda que estamos perdiendo un tiempo precioso. Su esposa aun tiene que zurcir, la pobre, la mar de ropa de los chicos, y yo mismo, aquí donde usted me



—Yo siempre me visto aquí.
¡Oh!, es un modisto que quita la cabeza.

ve, tengo que ir antes que cierren a recoger unas botas a las que mandé poner medias suelas. Además, se expone con su dilación a que lleguen los de la funeraria y carguen con usted a medio morir. Reflexione, mi querido amigo, que usted contrajo una deuda con la muerte el día que nació, y ya que le ha llegado la hora de pagar, no dé lugar a que se le califique de moroso. Y sobre todo, amigo Elpidio, piense usted que el "tiempo es dinero".

A. JIMENEZ COLON.



—Bien podía usted dar las gracias; le he dado diez céntimos.
—Señora, yo no doy las gracias por menos de un cuproniquel.

NOTAS NECROLOGICAS

Ayer, a las ocho de la noche, todo era alegría en la morada de los señores de García de Dorado. Acababa de fallecer la señora de la casa la abuela del señor García Dorado.

Esta señora contaba con la avanzada edad de noventa y tres años, y poseía todos los bienes de la familia; además, su carácter imposible la había enemistado con los criados.

Cuando llegamos a la casa, acababa de sentarse el ama de llaves a la pianola, y el señor y la señora de García Dorado bailaban rodeados por los niños, que daban voces de júbilo y cantaban la tabla de multiplicar en señal de alegría y aplicación.

En un momento, la actividad de los señores de la casa organizó una pequeña fiesta, en la que tomaron parte sus numerosas amistades.

Se bailó, se merendó y se escuchó buena música. La niña mayor del matrimonio cantó con voz angelical unas guajiras, acompañada a armónica por el portero de la casa, que hizo la guerra de las colonias.

Se vió por los salones al señor Gutiérrez.

Los criados devolvieron el sueldo del mes y limpiaron las cortinas, costumbre desconocida en la casa.

Todos los invitados fueron obsequiados con pastas y jerez.

El entierro se verificará mañana, si el tiempo no lo impide.

Ha subido, probablemente al cielo, a consecuencia de una patada que le dió su padre, el angelito de diez y ocho años Miguelito Pérez.

Era ese niño que daba voces al pasar por los portales.

Felicitemos a sus conocidos.

Se dice que a consecuencia de estos fríos tose mucho la esposa de nuestro particular amigo D. Alberto Martínez. Ya veremos en lo que queda.

N.

LA NOVELA MUNDIAL

Ha publicado esta semana un original inédito del malogrado escritor

OAQUIN DICENTA

titulado

UNA LECCION DE AMORES

PRECIO: 30 CENTIMOS

NO DEJE DE ADQUIRIRLA



a tiro de fusil



El doctor.— Tiene usted que observar una dieta relativa. Tome carnes blancas, pescado, patatas, caldos y verduras.

El enfermo.— Y eso, ¿antes o después de comer?

“Punch”, Londres.

La mujer.— ¡Qué vista tan espléndida! ¡Me deja muda!

El marido.— ¡Qué suerte! Alquilaré la casa por cincuenta años.

(College-Humour, New-York.)

—Oye, Toñín, ¿qué te dijo tu mamá cuando le pediste permiso para cenar con nosotros?

—Se fijó en mis orejas y me mandó a mi cuarto a lavarme.

(London Opinion, Londres.)



—Ya que está usted decidida a no casarse conmigo, ¿me quiere usted ayudar a levantarme?

“Life”, Nueva York.

Visitante molesto (disponiéndose a marchar).—¿Quieres venir conmigo a la estación, Tomasito?

Tomasito.—¡No! ¡Ca! Si estamos esperando a que usted se marche para cenar.

(The Pashing Show, Londres.)

—¿Qué me costará arreglar este auto?

—¿Qué le pasa?

—No lo sé.

—Entonces, ochenta y dos veinticinco.

(College-Humour, New-York.)



—Papa; dice mamá que no se te olvide recoger la carne de la carnicería.

“Le Rire”, París.



El oculista.—De modo que usted veía antes unas manchas?

El cliente.—Sí, señor.

El oculista.— Y ahora, con esas gafas que le he recetado?

El cliente.—¡Ah! Muy bien. Las veo mucho mejor.

“The Humorist”, Londres.

El distraído señor de negocios (después de besar a su mujer).—Y ahora, querida, voy a dictarte un par de cartas.

(The Pashing Show, Londres.)

La mujer.—Este hijo nuestro nunca se casará. Es demasiado estúpido.

El marido.—Precisamente por eso se casará.

(Der Goetz, Viena.)

El tío.—Pediremos una docena de bollos y hablaremos de foot-ball.

El sobrino.—O que traigan quince y hablamos de rugby.

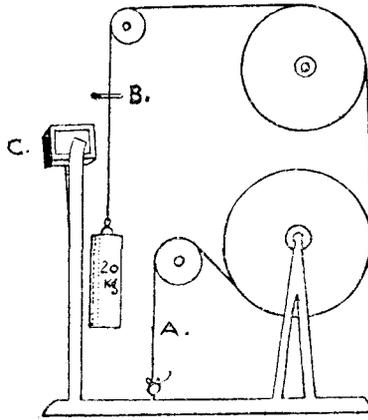
(The Pashing Show, Londres.)



Inconvenientes de olvidarse algo cuando se ha dado poca propina.

“Life”, Nueva York.

ENCENDEDOR AUTOMÁTICO



Sencillo aparato construido por Gutiérrez para encender cerillas con el mínimo esfuerzo.

La manipulación se limita a quemar, con una cerilla, el trozo de cuerda por el punto A. Entonces el peso de 20 kilos hace bajar la cerilla B que, al frotarse con la caja C, se enciende.

Luego sólo queda tener cuidado de que no se prendan las cortinas.



—Es Rodríguez. ¿Qué le pasa a Rodríguez?

—Que se ha puesto de callos que no puede dar un paso.

1.º CONCURSO

Fotografías idiotas

CUPÓN

que da derecho a remitir una fotografía con arreglo a las bases.

1.º CONCURSO

Fotografías idiotas

CUPÓN

Voto por la fotografía publicada con el n.º

(Firma.)

2.º CONCURSO

Cartas de amor

CUPÓN

para remitir una epístola amorosa con arreglo a las bases.

2.º CONCURSO

Cartas de amor

CUPÓN

Voto por la epístola amorosa publicada con el n.º

(Firma.)

3.º CONCURSO

Himno a la lavandera

CUPÓN

para remitir un himno con arreglo a las bases.

3.º CONCURSO

Himno a la lavandera

CUPÓN

Voto por el himno a la lavandera publicado con el n.º

(Firma.)

SALON DE HUMORISTAS

ORGANIZADO POR LA

UNIÓN DE DIBUJANTES ESPAÑOLES

1.º—LA UNION DE DIBUJANTES ESPAÑOLES organiza el X Salón de Humoristas, por cesión del ilustre crítico de Arte D. José Francés, fundador de estos certámenes.

2.º—Se inaugurará el día 20 del próximo mes de mayo en los salones del Círculo de Bellas Artes.

3.º—Las secciones que han de integrarlo son: a, Caricatura; b, Ilustración del libro; c, Cartel.

4.º—El plazo de admisión de obras comienza con esta fecha y terminará irrogablemente el día 15 del próximo mayo a las ocho de la noche.

5.º—Podrán tomar parte en este certamen cuantos artistas lo deseen, remitiendo sus trabajos durante el plazo indicado a la UNION DE DIBUJANTES ESPAÑOLES, Jovellanos, 2, Madrid.

6.º—Los artistas no asociados abonarán en el acto de la entrega la cantidad de cinco pesetas por obra. En el caso de ser rechazada ésta por el Jurado de admisión se le devolverá la cantidad entregada.

7.º—Cada artista podrá enviar seis obras como máximo.

8.º—En el acto de la entrega cada expositor llenará un boletín en que conste su nombre y apellidos, domicilio, título y precio de las obras, extendiéndose el oportuno recibo.

9.º—Un comité designado previamente examinará las obras presentadas con amplio criterio, procurando que éstas respondan a la índole del certamen.

10.º—LA UNION DE DIBUJANTES ESPAÑOLES descontará a los autores un 15 por 100 del importe de las obras vendidas.

11.º—LA UNION DE DIBUJANTES ESPAÑOLES no responde del extravío de las obras que en el plazo de diez días, a contar desde el de la clausura del salón, no hayan sido retiradas por sus autores.

12.º—En interés del salón y para la mayor venta de las obras expuestas, se ruega a los artistas que concurran el envío de dibujos inéditos.

Madrid, 10 de abril de 1927.

El Secretario general,

JUAN BASILIO

LA NOVELA MUNDIAL

LA MEJOR PRESENTADA .∴ LA MÁS ECONÓMICA

PRECIO: 30 CÉNTIMOS

Si quiere leer a los escritores de mayor prestigio: Baroja, Bueno, Camba, Carrere, Castro, Insúa, López de Haro, Pérez de Ayala, Valle-Inclán, Zozaya, etcétera, etcétera,

CÓMPRELA TODOS LOS JUEVES

En el tercer concurso, entre otros, regala una magnífica pianola-piano de la acreditada marca THE AEOLIAN COMPANY.—Avenida del Conde de Peñalver, 24, Madrid.

GABRIELA

(HISTORIA DE UNA POBRE MUJER)

POR EL GRAN NOVELISTA

M. Fernández y González

Esta obra constará aproximadamente de

30 CUADERNOS

publicándose por cuadernos semanales.

Precio de cada cuaderno, 25 céntimos.

Suscripción por cada mes, UNA peseta.

PIDA GRATIS EL PRIMER CUADERNO

IMPORTANTÍSIMO

A todo comprador de los cuadernos de *Gabriela* que remita a la terminación de la obra todos los cupones numerados, se le canjearán por un número para el sorteo de los siguientes espléndidos regalos:

1.º Una máquina de hacer medias, calcetines y toda clase de géneros de punto, marca OSCA, de venta en la Casa IGNACIO SANZ.—Hortaleza, 11 y 13, Madrid.

2.º Un magnífico aparato de radio, marca GRILLET, de venta en la Casa

SANCHEZ RAMOS Y SIMONETTA, Ingenieros. AVENIDA DE PI Y MARGALL, 5, MADRID

3.º Un valioso mantón de Manila.—4.º Una máquina de coser SINGER.—5.º Un aparato de cine KOK.—6.º Una bicicleta de acreditada marca.—7.º Un gramófono.—8.º Una cama.—9.º Un juego de café.—10. Otro juego de café.—11. Una mesilla de noche.—12. Otra mesilla de noche.—13. Una sillera.—14. Una vajilla.—15. Un juego de te.—16 al 55. Una máquina PRO-CALCULO para sumar, de venta en España, en la

CASA MENZEL.—Calle de Londres, 10, Madrid.

La mujer, el torero
y el toro

NOVELA



Los dos éxitos insuperables

de

ALBERTO INSÚA

Precio de cada tomo, 5 pesetas.

PIDA ESTAS OBRAS
EN TODAS LAS LIBRERIAS

El negro que tenía
el alma blanca

NOVELA



ADMINISTRACIÓN: RIVADENEYRA, S. A., PASEO DE SAN VICENTE, 20, MADRID



EN EL CABARET, POR ROBERTO

- ¿Sigues con tu afición a la caza, Luisito?
—Sí.
—Y qué, ¿matas muchas perdices?
—Matarlas, no; pero ¡les doy cada susto!